

A propósito de *París, capital de la modernidad* de David Harvey

UNA CIUDAD EN DISPUTA



Fotomontaje: Juan Atacho

Theodor Adorno supo reprochar a Walter Benjamin que su monumental trabajo sobre el París del Segundo Imperio tenía problemas para explicar la relación entre la estructura en que se asentaba y sus expresiones sociales y culturales. El libro de Harvey es quizás la base socio-económica que Adorno le pidiera a Benjamin a la vez que un alegato a favor de los sectores populares que habitaron, construyeron, sufrieron y resistieron en el corazón del “progreso” burgués.

ARIANE DÍAZ

Comité de redacción.

En el espacio del poder, el poder no aparece como tal; se esconde bajo la organización del espacio.
Henri Lefebvre

Compilación de trabajos publicados por separado, el libro¹ abarca tres secciones: la primera dedicada a las “Representaciones” de París, sobre todo literarias; la segunda a las “Materializaciones” de los cambios producidos en la ciudad del período de Luis Bonaparte y el Barón Haussmann; y la tercera, una coda dedicada a

la construcción de la Basílica del Sagrado Corazón, que usa a modo de balance de la Comuna. El núcleo del libro es la sección “Materializaciones”, que da cuenta de los distintos aspectos que configuraron la época (relaciones espaciales, industria, finanzas, renta, Estado, reproducción de la fuerza de trabajo, situación de la mujer, consumismo, relaciones con la naturaleza, etc.) y analiza en detalle los cambios sufridos por la ciudad (sufridos se aplica en este caso literalmente) desde el ascenso a la caída del Bonaparte sobrino.

Desde el establecimiento del Segundo Imperio, que de la mano de Haussmann realizaría una transformación impactante de la ciudad, Harvey muestra el andar de una burguesía que buscó salir de sus propias crisis teniendo que aceptar un remedo del bonapartismo original, y las sucesivas resistencias que produjo. Finalmente, encontramos la salida que propondría el proletariado parisino en la Comuna, ahogada a sangre y fuego por la burguesía francesa (aliada con los restos monárquicos y su “enemigo” nacional, Bismark), pero que marcaría para siempre la historia del proletariado internacional con su ejemplo.

El autor resume las complejas disputas y alianzas de clases de esos años, que funcionaron de preludeo a las luchas de 1868-71, alrededor de una serie de preguntas:

¿Podrían los monárquicos obtener suficiente apoyo de la burguesía centrista para frustrar el empuje republicano? ¿Podrían los republicanos burgueses controlar el movimiento de la clase obrera para mantener la república política fuera de las garras de los socialistas? ¿Podrían los librepensadores radicales y republicanos desclasados establecer una alianza con un movimiento obrero (...) para crear así una república socialista y revolucionaria? ¿Podría el Imperio dividir, controlar y manipular a todas y cada una de estas facciones por medio de la captación y de su poder de policial y de provocación? [386].

Entre estas disputas, se va materializando una de las fuerzas que recorría las antiguas calles y los nuevos bulevares: la circulación del capital por la ciudad, que a su paso modificaba formas de vida, estructuras arquitectónicas, la organización del trabajo, las relaciones familiares, el consumo y, pasando por diversas etapas, la estructura de las clases que terminarían colisionando en sus barricadas.

Desde el punto de vista económico, Harvey analiza cómo la enorme transformación del espacio urbano se liga a la especulación inmobiliaria y al creciente peso de los mercados financieros que crecían a la par de las reformas urbanas. La alianza de Haussmann con los hermanos Pereire, dueños del banco que financiara el sistema de transporte público y el alumbrado a gas, por ejemplo, llevó al Estado a pasar de 163 a 2.500 millones de francos de deuda en el período de 1853-1870. El enfrentamiento de los Pereire con otro banquero, Rothschild, fue uno de los motivos del desprestigio y caída de Haussmann, pero no más que el hecho de verse dominado por la misma maquinaria que él había creado, un aparato de Estado que buscaba resolver los graves problemas de sobreacumulación mediante la financiación del déficit generado por sus propios gastos, que caerá finalmente víctima de las resbaladizas contradicciones encarnadas por la circulación del capital-dinero que devenga intereses [185].

Otro aspecto destacado es la movilización de las industrias del centro de París a su periferia, lo cual se relacionaba con el aumento del precio de las tierras en el nuevo centro comercial y financiero, así como con una reorganización de las formas de trabajo:

Muchas pequeñas empresas no eran más que unidades subcontratadas por organizaciones más grandes y por ello funcionaban más como sistemas laborales contratados, dependientes de productores capitalistas o comerciantes que les controlaban a distancia. [...] En ese contexto se produjo una firme implantación de un odiado y opresor sistema de capataces, supervisores, subcontratistas y demás intermediarios [205].

Este proceso forma parte del capítulo francés del proceso de subsunción que Marx analizaría en *El Capital*: el pasaje del trabajo artesanal

a la maquinaria y la gran industria, “la gradual inclusión de antiguos artesanos y trabajadores independientes bajo la dominación formal de una organización industrial y comercial estrechamente controlada”, dice Harvey [205]. A su vez, las nuevas vías de comunicación abiertas desde la ciudad permitieron el aumento del comercio con el extranjero, lo que diferenció cada vez más a la industria del comercio y también a la capital de las demás provincias, lo que sería posteriormente uno de los factores del aislamiento de la Comuna en París [209].

Desde el punto de vista político, el autor muestra las tensas relaciones del Imperio con distintos sectores de la clase dominante; relaciones tensas pero solidarias en sus intereses generales mientras las ganancias abundaron con ayuda de las reformas estatales; más fragmentadas y opositoras cuando el ciclo económico mostraba sus límites. Harvey relata en este sentido la disputa entre los partidarios del libre mercado con la centralización bonapartista² de Luis (de inspiración saint-simoniana), cercana a lo que denomina “capitalismo de Estado” o al capitalismo financiero monopólico, reflejada en la asociación con los hermanos Pereire. Pero aunque Luis Bonaparte coqueteara con el saint-simonismo en su entrada al gobierno, se retiraría como un buen liberal que acordaba con Gran Bretaña el libre comercio; las ideas de Saint-Simon le sirvieron para legitimarse con políticas sociales frente a las masas y centralizar un capital en crisis [356]; la centralización le permitió presentarse como alternativa frente a la crisis económica y política de 1848, y redundó en beneficios para todos los sectores burgueses, que una vez recuperados no querían ya que alguien interviniera en sus disputas particulares. De conjunto, sin embargo, en el período puede constatarse aquello que Marx y Engels definieron en el *Manifiesto Comunista*: el Estado es la junta que administra los negocios de la clase dominante.

Por supuesto que ningún sector de la burguesía renegaba de la centralización de un Estado que además de la disposición espacial y legal para los negocios, proveyera de su brazo armado para las luchas de los trabajadores que no escasearon durante esos años: “La policía (a la que los trabajadores siempre se referían como los espías) estaba más dedicada a recoger información

y rellenar informes al menor atisbo de oposición política, que a controlar la actividad criminal” [189]. La policía, los intentos de controlar a las masas mediante la censura y la prohibición del derecho de asociación, no resultaron efectivos por mucho tiempo: el avance de las comunicaciones permitía que entraran panfletos políticos, y la propaganda demagógica hacia las masas no evitó que con la caída de los salarios hacia 1860 y la restitución del derecho a huelga y asociación, saliera “rápidamente a la superficie una corriente subterránea de retórica política” [191]. Es cierto que la reestructuración urbana había desmontado varias de las pequeñas calles donde las barricadas se construían rápidamente y los grandes bulevares permitían el desplazamiento rápido por la ciudad a las fuerzas represivas, como señalara Marshall Berman al describir la modernización de París³, pero la población desplazada del centro se arremolinaron en nuevos sectores que rápidamente fueron “de su dominio exclusivo” [192].

Desde el punto de vista cultural, Harvey ejemplifica sus análisis con las representaciones literarias de la modernidad de Baudelaire –aquellas por las que Benjamin lo definiera como el “lírico de la modernidad”–, y con las a veces descarnadas, a veces cómicas, ilustraciones de la sociedad de la época de Daumier⁴. Y si el Segundo Imperio persiguió con casos de “indigencia pública” a Baudelaire y Flaubert⁵ (lo que sólo le valió erosionar su propia alianza de clases), también se ensañó con la cultura popular: los músicos y artistas callejeros eran considerados subversivos, por los que se les exigía tener licencia y sus canciones debían ser aprobadas por el prefecto. Sin embargo, “la frecuencia con que muchos contemporáneos, como Fournel, tropezaba con estos personajes y la frecuencia con que Daumier, entre otros, los representaba, sugiere que las autoridades nunca llegaron a aplastar por completo este aspecto de la cultura popular” [189]. Éstos seguían recorriendo una ciudad continuamente demolida y reconstruida, donde en los nuevos grandes mercados, parques, alcantarillas y bulevares invitaban a paseos donde el consumo que crecía se volvía más ostensible para todos; aquello que Benjamin analizara como lo que permanentemente se muestra como “lo nuevo” que no es más que “siempre-lo-mismo”, la mercancía⁶.

“**La burguesía que se pavoneaba extasiada por el fetichismo de la mercancía por las nuevas calles y parques parisinos, no disfrutaba de los encuentros ‘con las clases trabajadoras y peligrosas’**”

”

Flaubert ilustra estas relaciones en la ciudad en su paródica versión de la *Enciclopedia* iluminista de Diderot y D’Alambert, el “Diccionario de ideas recibidas”, donde encontramos como entradas:

LÍBELOS: ya no se escriben.

LIBRECAMBIO: es la causa de todos los males.

NOVELAS: las novelas pervierten a las masas. Son menos inmorales por entregas que en volúmenes. Tan solo pueden tolerarse las novelas “históricas” porque enseñan historia. [...]

OBRERO: es honesto mientras no organice disturbios.

PROGRESO: siempre mal entendido y demasiado apresurado⁷.

Pero la burguesía que se pavoneaba extasiada por el fetichismo de la mercancía por las nuevas calles y parques parisinos, no disfrutaba de los encuentros “con las clases trabajadoras y peligrosas”: la multitud podía ocultar elementos subversivos o repentinamente volverse una turba difícil de controlar. Esos temores estaban bien justificados” [355], como muestra el ascenso que se inicia en 1868 y culmina en lo que Marx y Engels considerarían el primer ejemplo de la dictadura del proletariado, la Comuna.

Harvey elige, después de narrar algunos de los hechos principales de esta gesta de la clase obrera, a modo de epílogo y como balance del Segundo Imperio y de la derrota de la Comuna, analizar la construcción de la Basílica del Sagrado Corazón, una provocación de las clases dominantes triunfadoras que desde 1873 planean un edificio visible desde todo París, ubicada en la colina de Montmartre, dedicada a un culto que en Francia representaba a la monarquía más reaccionaria, preocupada incluso por el avance del capitalismo.

El lugar elegido es significativo; lugar de martirio de viejos cristianos, representaba también los fusilamientos de dos generales, Lecomte y Thomas, por la Comuna: el primero por haber ordenado a sus tropas, sin éxito, que disparara sobre los *communards*; el segundo recordado por sus salvajes matanzas de los revolucionarios de

1848; ambos elegidos como mártires por Thiers para justificar la brutal represión sobre París aunque fuera necesario “reducirla a cenizas”.

Un “capricho” topográfico le sirve a Harvey de metáfora. La Basílica es visible desde todas las puntas del París; desde los jardines de Luxembourg que Haussmann remodelara para abrir sus bulevares; desde la Gare du Nord, estación financiada por el Barón Rothschild que reúne a la red ferroviaria desarrollada en el Segundo Imperio; desde la Place du Colonel Fabien, cercana a la sede del PC francés y a los barrios obreros de Belleville y La Villette donde resistió en sus últimas horas la Comuna; desde la tumba de Thiers en el cementerio de Père Lachaise. Pero permanece oculta sin embargo en el Mur des Fédérés, donde “después de una fiera lucha, los últimos combatientes de la Comuna fueron rodeados y sumariamente ejecutados” [399]. Marx dice en *La guerra civil en Francia*:

La antítesis directa del Imperio era la Comuna. El grito de “República social”, con que la Revolución de Febrero fue anunciada por el proletariado de París, no expresaba más que el vago anhelo de una República que no acabase sólo con la forma monárquica de la dominación de clase, sino con la propia dominación de clase. La Comuna era la forma positiva de esta República⁸.

El trayecto entre esas dos revoluciones es lo que traza el libro de Harvey, materializado en la disposición urbana moderna del París del Segundo Imperio. El poder al que se refiere el acápite de Lefebvre, citado por Harvey, es el del fetichismo de las mercancías y las relaciones sociales que recubre, las cuales desafió la Comuna, abriendo a pesar de la derrota un camino que el proletariado volvería a retomar. ●

1. Madrid, Akal, 2008. Las referencias a esta edición se harán entre corchetes al final de la cita.

2. Nos referimos aquí a “bonapartismo” no como referencia a la política de Luis en particular (aunque entra en esta definición), sino en el sentido en que el marxismo describe un régimen que en momentos de crisis se presenta como “árbitro” entre las clases enfrentadas y entre las propias fracciones de clase a la que pertenece, que a nuestro criterio define mejor que “capitalismo de Estado” la situación del Segundo Imperio, ya que hace referencia a la relación de fuerzas entre las clases y al régimen más que a la naturaleza del modo de producción. Marx y Engels, por ejemplo, definieron como bonapartistas al gobierno de Napoleón III pero también al de Bismark.

3. Estos son dos aspectos centrales del clásico libro de Berman *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (Madrid, Siglo XXI, 1988) y que Harvey toma como material. El libro de Berman contiene además una descripción y comparación de la modernización de la ciudad en los países centrales, con París como eje, con la modernización del “subdesarrollo”, con San Petersburgo como eje.

4. Baudelaire también escribe sobre ilustraciones que dan cuenta de la vida parisina de la época en “El pintor de la vida moderna” (*Salones y otros escritos sobre arte*, Madrid, Visor, 1996), pero no elige a un Daumier sino a Constantin Guys, que como describiera Berman, presenta una mirada de un gran desfile de modas, fachadas brillantes y apariencias armoniosas. Esto muestra la ambivalente mirada baudelairiana de la modernidad, a veces extasiada, a veces corrosiva. La inspiración de Benjamin no tiene que ver con encontrar en el poeta una crítica política al Segundo Imperio sino en mostrar como su “sensibilidad para lo inorgánico” da cuenta del fetichismo de la mercancía, aun al deslumbrarse por éste.

5. Al respecto ver “Literatura y sociedad”, *IdZ* 7.

6. Benjamin, “Zentralpark”, *Libro de los pasajes*, Madrid, Akal, 2005, p. 179. El paseo, en la época, podía incluir las alcantarillas. Los grandes túneles permitían la entrada de los curiosos de la época, entre los que no estaban excluidas las clases altas, que visitaban la moderna obra de ingeniería. Hoy siguen siendo un atractivo turístico.

7. El “Diccionario...” iba a ser parte de una novela que entre sus ejes tiene las disputas de clase previas y posteriores a la revolución de 1848. Quedó inconclusa a la muerte del autor en 1880. Se publicó como *Bouvard y Pécuchet* posteriormente; algunas ediciones incluyen el diccionario, como la de Barcelona, Montesinos, 2001 que aquí utilizamos.

8. Disponible en Marxists Internet Archive, escritos de Karl Marx & Friedrich Engels, www.marxists.org.